

Eugenio Fuentes

PIEDRAS NEGRAS

SERIE
**RICARDO
CUPIDO**



colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

EUGENIO FUENTES
PIEDRAS NEGRAS

TUSQUETS
EDITORES

1.^a edición: enero de 2019

© Eugenio Fuentes, 2019

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-629-6
Depósito legal: B. 6-2019
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Primera parte	
Herencia (17-27 de mayo de 2004)	13
Segunda parte	
Huellas (28-29 de mayo de 2004)	99
Tercera parte	
Corpus (9-17 de junio de 2004)	167
Cuarta parte	
Señuelos (18 de junio-2 de julio de 2004)	263
Epílogo (2-6 de julio de 2004)	357
Nota final	365

La plancha suspiró, escupió unas gotas de saliva y comenzó a expandir calor. Marthe contuvo el vértigo provocado por el whisky y el Orfidal y se remangó el brazo izquierdo de la blusa. Sobre la piel blanca del antebrazo destacaban las letras cursivas en tinta azul y, como una leprosa, comenzó a rascarse con la uña el tatuaje con su nombre, que ambos habían intercambiado cuando aún creían que su amor era invulnerable y que nada podía hacerles daño: ni los crepúsculos ni las barricadas, ni el vino fuerte ni los perros amargos. Mordió el trapo de cocina, empuñó la plancha y, con un movimiento seco y desesperado, colocó el pico ardiente sobre el tatuaje y lo mantuvo allí, mugiendo de dolor hasta notar un intenso olor a carne quemada. Cuando lo separó, había levantado el tatuaje y la tinta azul se mezclaba con el rojo de la piel arrancada.

Siempre había tenido su apartamento tan ordenado como un submarino, pero ahora llevaba demasiados días sin cambiar las sábanas, a pesar de haber pasado tantas horas acostada, insomne o durmiendo entre pesadillas, agarrándose al cabecero como si la cama fuera un toro mecánico que intentaba arrojarla al vacío. Al despertarse, notaba las man-

díbulas agarrotadas desde el cuello a las sienes, los dientes cambiados de lugar y la espalda dolorida por dormir encogida, en posición fetal, envuelta en el olor a piel quemada, con fiebre y malestar, como si algún virus se hubiera infiltrado en su sangre y pasara por sus vísceras. El mal olor de la habitación sin ventilar se extendía por toda la casa, de donde solo había salido para comprar más vendas y pomada antibiótica en la farmacia, café y comidas envasadas que no tuviera que cocinar. Sin horario, se sentía fuera del mundo y del tiempo, como un reloj al que le hubieran arrancado las agujas: su maquinaria seguía funcionando, pero ella no podía saber la hora.

Para su sorpresa, una noche vio que el frigorífico estaba vacío, pues tenía la sensación de no haber comido en toda la semana. Era tarde y las tiendas estarían cerradas, de modo que se recogió el pelo sin lavar en una coleta y se adecentó un poco. Aunque al mirarse al espejo creyó que la contemplaba un cadáver, se puso unos vaqueros y una cazadora y bajó al Quirke, el pub de estilo irlandés donde en cualquier momento servían comidas frías. Al quitarse la cazadora, quedó visible la venda en su antebrazo. El camarero le sirvió el gin-tonic y se quedó mirándola. No había mucha gente.

—¿Un accidente? —le preguntó.

Era demasiado curioso, pero aquella parecía la última moda: los camareros, antes casi invisibles, en los últimos tiempos eran guapos y muy atrevidos, y con frecuencia tenían aventuras con las clientas.

—Sí —respondió.

—¿En la cocina?

—No. Con una plancha.

—¡Puff! Eso debe de doler.

Cuando terminó el sándwich lo llamó para que rellena-

ra la bebida. El chico debió de advertir su desesperación, porque se la sirvió muy cargada, ahogando la ginebra con un chorro de tónica, y se quedó cerca, esperando que ella dijera algo. Era evidente que le gustaba, pero ligar era lo último que le apetecía.

Bebió un trago largo y solo entonces encendió el móvil, apagado desde el día anterior. El teléfono comenzó a emitir pitidos y a vibrar de un modo colérico, como si le reprochara que lo hubiera desconectado. Ignoró de nuevo las llamadas de Alain, pero había otras cuatro de su padre y un mensaje suyo: «Llámame en cuanto puedas».

Enseguida supo que ocurría algo grave, porque su padre no la llamaba a menudo. Entre ellos no había ningún problema, pero cada vez tenían menos cosas que decirse. Desde que había enviudado dedicaba su tiempo a la empresa, una fábrica de tejidos especiales para asientos de aviones y de coches que no iba nada bien, y a su nueva pasión, el golf. En uno de los clubes había conocido a una mujer con la que viajaba recorriendo el circuito, compitiendo de un modo belicoso, empeñado en lanzar la bola de un golpe a medio kilómetro y bajar su hándicap, en un afán que a Marthe le parecía bastante infantil.

Volvió a leer el mensaje y sintió una infinita pereza, bastante mal se encontraba ella como para cargar con otro problema. Esperó a llegar a casa para teclear su número.

—Me has llamado.

—¡Por fin respondes! Ha ocurrido una desgracia.

—¿Qué? —preguntó, casi indiferente, como si no pudiera haber mayor desgracia que la suya.

—Ha muerto tu abuela.

Se sentó en la cama y escuchó su explicación: había sido una muerte rápida e indolora. Se le paró el corazón.

—Entonces, ¿no sufrió?

—No. Murió mientras dormía. Por la mañana había estado tocando un rato, como hacía siempre, nunca olvidó la viola. Después no comió apenas, parecía algo mareada, y fue a acostarse. Ya sabes que le gustaba mucho la siesta, siempre conservó esa costumbre española. Luego se levantó, pero al poco rato dijo que volvía a la cama. Como tardaba en despertarse, fui a su cuarto y... No sufrió, parecía dormida.

Marthe lo escuchó sin saber qué decir. Tal vez su abuela se retiró porque adivinaba el final. Generosa hasta para morir, para expirar sin un quejido. Si fue así, estaba segura de que no tuvo miedo, había pasado tanto en España durante su juventud que ya no le quedaba más.

—Tú fuiste su último tema de conversación —continuó su padre—. Durante la comida preguntó por ti, quería saber cuándo ibas a venir. Dijo que hacía mucho tiempo que no te veía. Ya sabes que todavía tenía momentos de lucidez.

—¡Pobre abuela! —murmuró. Unas lágrimas cayeron sobre las sábanas, y se alegró de estar sola para que nadie la viera. Lloraba tanto por su abuela como por sí misma.

—Llega un momento en que no podemos hacer nada para impedir que mueran las personas a quienes queremos —dijo su padre con obviedad.

—Lo sé.

—Hay una cosa más.

—Qué.

—Entre sus papeles había una carta para ti. De sus tres nietos, tú eras su favorita.

—¿Qué dice la carta?

—Está cerrada. No sé cuándo la escribió, ya sabes que siempre le gustaba mucho enviar y recibir correspondencia. Debes venir cuanto antes, Marthe. Hay un tren que sale... dentro de tres horas. Si te das prisa, todavía puedes cogerlo.

Se duchó con rapidez, renovó la venda del antebrazo, echó dentro de la maleta unas ropas oscuras y la bolsa de aseo y llegó a tiempo a la estación para subirse al TGV. En el asiento, con los ojos cerrados, intentó ordenar sus ideas, pues aún estaba aturdida por los efectos de los calmantes mezclados con las dos copas. Se levantó y se acercó al pequeño bar del tren para tomar un café. Solo había cuatro o cinco taburetes y todos estaban ocupados, pero al pedir en la barra la consumición, el hombre que estaba a su lado se levantó y le dijo:

—Siéntese, por favor. Parece usted agotada.

Se negó, pero el hombre se apartó para que se sentara y aquella sencilla e inesperada amabilidad de un desconocido, que quizá estaba tan cansado como ella, la conmovió profundamente.

Su padre la esperaba en la estación y la abrazó con fuerza antes de coger la maleta y caminar hacia el coche. Mientras conducía por las calles, con el asfalto húmedo y bituminoso, brillante bajo la luz de las farolas, le dijo de nuevo:

—Murió sin sufrir, como a todos nos gustaría morirnos. Ahora ya descansa en paz. Ya no tiene que hacer esfuerzos para recordar nada.

Ensimismada en su propio dolor, Marthe se dio cuenta de algo que no había pensado hasta entonces: a él se le había muerto su madre, a la que siempre había adorado, y tal vez sintiera un dolor parecido al que ella sintió al quedarse huérfana. Tuvo el impulso de decirle sin rodeos que compartía su pena, pero la dificultad para expresar en voz alta sus sentimientos la mantuvo en silencio.

—Quería que la enterraran, ¿verdad?

—Sí. Junto a tu abuelo y tu tío Marc. La ceremonia será a las once. Ahora está en el tanatorio.

—¿Podemos pasar a verla un momento?

—Como quieras.

En una de las salas estaban velando su tío Jean-Luc y sus dos primos gemelos, no había nadie más. Detrás de un tabique, protegido por una ventana de cristal, estaba abierto el ataúd. La abuela Marta había seguido encogiéndose y sobraba mucho espacio entre el acolchado de la caja. La barbilla y la nariz se le habían afilado y el maquillaje le daba un aspecto untuoso, de muñeca de cera, pero no había logrado eliminar el frunce del entrecejo, como si todavía estuviera luchando contra la devastación de la memoria, esforzándose por recordar algo o por traer a los labios una palabra perdida.

—Cuando quieras nos vamos a casa. Tienes cara de cansancio. A todos nos conviene reposar un poco.

En el dormitorio de la abuela todo estaba como cuando murió. Únicamente habían retirado las sábanas y habían cubierto la cama con la colcha. Al volver al salón, Marthe se quitó el suéter y su padre vio la venda en el antebrazo.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Nada grave, una quemadura. Con la plancha —dijo vagamente.

—¡Vaya! Toma, es la carta que te escribió la abuela.

En el sobre, de tamaño folio, había un puñado de hojas manuscritas con un título, BREDA, y dos sobres más pequeños, ambos cerrados. Uno contenía un fajo de billetes de cien euros. En el otro había dos cuartillas escritas en español —para evitar las faltas de ortografía que seguía cometiendo en francés— con la letra redonda y uniforme de su abuela, muy entintada, porque siempre escribía con pluma. Comenzó a leer en silencio mientras su padre recostaba la cabeza hacia atrás en el sillón y cerraba los ojos, con el rostro desfigurado por la tensión y el cansancio.

Querida nieta:

No sé cuánto tiempo pasará aún hasta que leas esta carta. En todo caso será cuando yo haya muerto. La había escrito dos veces, y dos veces la rompí, dudando si debía implicarte en este encargo, pero esta vez no la destruiré. No puedo posponerla más, porque no sé si mañana encontraría las palabras necesarias. Ahora es un buen momento: estoy sola, con la casa en silencio, con tiempo para buscar la expresión más correcta. Y seré breve.

Voy a hacerte un encargo que solo tú puedes cumplir. Tu padre y tu tío Jean-Luc están demasiado enfrascados en sus cosas y, además, a ellos nunca les ha gustado que hable de esto. Lo mantuve oculto durante tanto tiempo que, cuando al fin se lo dije, no quisieron creerme, lo consideraron una fantasía, una consecuencia más de esta enfermedad que devora mi memoria y mezcla lo soñado con lo vivido. Y a tus primos gemelos no les interesa nada lo de España. Tú, en cambio, siempre me has escuchado, quizá porque eres la única mujer de la familia, y puedes entender lo que significa mi petición. Para poder cumplirla deberás emprender un viaje, pero no te causará ningún daño. Al contrario, cabe la posibilidad de que te enriquezca de algún modo.

Quiero que vayas a España a buscar a mi hijo, a mi primer hijo. Nació en el hospital militar de Ciempozuelos el 5 de febrero de 1938, unos años antes que tu padre y que tus otros tíos. Fue fruto del amor, pero lo perdí. Me lo quitó la guerra y yo no tuve ni el coraje ni las fuerzas suficientes para retenerlo conmigo. No hice todo lo necesario. Durante muchos años creí que había conseguido, si no olvidarlo, sí resignarme a su pérdida. Me había casado con tu abuelo Émile, que tanto bienestar me dio. Pero ahora sé que no tardaré mucho en morir. O en olvidar, que es otra forma de morir. Y los recuerdos más lejanos han vuelto con mayor cla-

ridad, como si la enfermedad fuera descorriendo los velos que los cubrían.

Imagino la sorpresa que te estará causando esta carta y las preguntas que te estarás haciendo. Tienes todos los detalles de su nacimiento en estos folios, donde he anotado los lugares, las personas, las fechas que aún recuerdo y que no olvido, aunque se me olvide lo que ocurrió ayer.

Quiero que encuentres a mi hijo y le pidas que me perdone. Solo así podré descansar en paz.

Tu abuela Marta, que tanto te quiere.

Marthe se quedó pensativa, con la cabeza agachada y un ligero temblor en la mano que sostenía la carta. La palabra «hijo» era la última que deseaba oír, estaba llena de espinas y, sin embargo, en boca de su abuela adquiriría una inmensa dulzura. Acostumbrada a verla en casa, caminando despacio, sobrellevando sus achaques, con el rostro lleno de arrugas y las manos artríticas, hinchadas en las articulaciones pero aún capaces de sacar pasión de la viola, el contenido de la carta era una enorme sorpresa. Nunca había pensado que también ella había sido una muchacha de veinte años que un día amó a un hombre y lo besó con pasión, con la boca llena de luz, y se estremeció de placer en noches ardientes y sonámbulas, y fue feliz en sus brazos y desdichada al perderlo, y luego abrió su vientre tierno y elástico para arrojar al mundo un hijo entre sangre y humores... Cuando levantó la vista, su padre estaba mirándola, intrigado.

—¿Qué te dice?

—Quiere que vaya a España —respondió, como si aún estuviera viva.

—¿A España?!

—A buscar a un hijo que tuvo antes que a vosotros. En la guerra —añadió—. Ya me lo había dicho algunas veces.

Su padre suspiró y se frotó los ojos.

—Tu abuela se obsesionó con esa historia en los últimos años, pero ni siquiera tenemos la certeza de que ese hijo exista. Busqué por internet si había alguien con su apellido en ese lugar donde decía que nació, Ciempozuelos... ¡Y no encontré ninguna pista! Tu abuela no trajo de allí ningún documento que lo demuestre, se vino con las manos vacías, huyendo de una guerra que terminó en 1939. ¡Y estamos en el año 2004, Marthe! ¿Cómo podríamos encontrar algo después de sesenta y cinco años? Es imposible. ¿Y ahora quieres ir allí abajo?

—No lo sé —respondió Marthe guardando la carta en el sobre.

—El ambiente no debe de estar muy tranquilo después de esos horribles atentados en los trenes, hace un par de meses.

—Lo sé.

—Y en el caso improbable de encontrar a quien ni siquiera sabemos si existe —insistió—, ¿qué tendrías que decirle?

—Tendría que pedirle perdón en nombre de la abuela.

—¿Perdón? ¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que por haberlo abandonado.

Su padre volvió a quedarse pensativo.

—Que perdone a alguien que ya no vive.

—Papá, esta es una historia de muertos.